

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del "Centro estudiantes de ciencias económicas"

Director:

Rómulo Bogliolo

Administrador:

Roberto E. Garzoni

Sub-administrador:

Rafael Sánchez

Redactores:

Italo Luis Grassi - Mauricio E. Greffier - James Waisman

Juan R. Schillizzi - Juan F. Etcheverry - José E. Griffi

Año VII

Abril de 1919

Núm. 70

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

~~N. 123~~

N. 123

Discurso ⁽¹⁾

Los muros desnudos de esta sala en que inauguramos nuestros cursos están revelando la falta de historia de esta casa. No ostentamos, como las otras Facultades, el recuerdo de los maestros ilustres que abrieron y marcaron el camino a sus sucesores, no tenemos la propia tradición que influye tanto en el estímulo, carecemos los que aquí enseñamos hasta del título profesional de la ciencia que va a ilustrar vuestra cultura, pero tenemos en cambio toda la responsabilidad de la gran obra que hemos iniciado, y la convicción profunda de que la Facultad de ciencias económicas prestará pronto al país servicios inapreciables.

Ardua y anónima ha sido la tarea de todos los que hemos colaborado en la formación de este Instituto.

Tratar de enseñar lo que hasta ahora no se había enseñado y tener que aprender lo que hasta ahora no se había escrito para enseñar.

Con pocos antecedentes, muy poca bibliografía, teniendo que leer hasta todo lo malo para clasificarlo como tal; y cuando acabábamos de organizar nuestro plan de estudios y presentar los programas de nuestras materias, cuando teníamos siquiera el derecho de enseñar el puñado de ciencias que habíamos logrado reunir en nuestros primeros esfuerzos, se produce el acontecimiento más grande que haya tenido la humanidad y cuya influencia repercute como un sacudimiento en la ciencia que tratamos de cultivar.

La nueva no ha sido por desgracia una de aquellas evoluciones científicas que servían para descubrir los errores en

(1) Pronunciado en el acto inaugural de los cursos de la Facultad de ciencias económicas, en representación del cuerpo de profesores. — (N. de la D.).

la verdad que se enseñaba ayer, pero en cambio este gran acontecimiento, mirado en la frialdad del laboratorio, tiene la virtud de mostrarnos la solidez de las leyes que son la base de las ciencias económicas.

La alteración de la vida regular de millones de hombres, que quedan de la noche a la mañana sujetos a la dirección y orden de un comando, ha tenido que producir una transición que afecta el comercio interior y exterior de los países, sus consecuencias traen nuevos problemas en el estudio de la distribución de las riquezas, pero los principios fundamentales de la ciencia que constituyen nuestro plan de estudios, las verdades que hemos enseñado siguiendo nuestros programas quedan con la firmeza de las leyes que rigen las ciencias exactas y podemos continuar estos estudios convencidos después de la horrible prueba, que no nos habíamos equivocado al considerar lo que enseñábamos como la verdad.

Nuestra joven Facultad tiene también una particularidad especialísima que la distingue de los otros Institutos.

Las Universidades deben limitarse a instruir a sus alumnos para la capacidad de aprender; dar al hombre universitario los elementos para que él pueda cultivar y perfeccionar la profesión que vá a ejercer. El título universitario no es una prueba del saber. La Universidad no es un laboratorio científico sino que prepara los elementos para ese laboratorio. Todas las otras ciencias que constituyen la enseñanza de nuestra Universidad, tienen independiente de la casa, a los profesionales competentes, que trabajan por el progreso científico de esa enseñanza, pero en cambio nuestra Facultad, salvo raras excepciones, se encuentra en una situación completamente desigual.

La ciencia económica, cuyo estudio se ha perfeccionado tanto en otras partes, no ha llegado todavía a ilustrar a nuestra mayoría dirigente. Vemos todos los días discutir en la prensa y en nuestro parlamento temas y cuestiones que ya han quedado relegadas para el dominio de la historia y si alguien presenta y enseña la verdad científica hay tantos prejuicios contra ella, como existieron contra los descubrimientos de Pasteur, cuando ya estaban consagrados.

El origen de este mal es fácil descubrirlo, somos un país todavía pastoril y estamos gobernados y dirigidos por los caballeros pastores, que han podido vivir ganando su fortuna sin necesidad de grandes preocupaciones; han organizado nuestra vida social con todo el confort y lujo de los paí-

ses viejos y ricos. No se han preocupado en estudiar los problemas económicos porque su economía doméstica, en su culminación, ha sido la de comprar buenas reproductores para soltarlos en sus campos, entregar éstos sin previsión a colonos ignorantes y combatir con relativo éxito algunas pestes que conocieron recién cuando ya se habían importado.

Con esa capacidad de buenos estancieros han administrado y gobernado el país, hipotecando sus rentas y haciendo que las imposiciones graven al comercio y al consumo sin darse cuenta que les convenía más el impuesto directo que gravara la riqueza de la tierra que produce.

Esta Facultad tendrá por muchos años que ocuparse de los problemas económicos que afectan al país porque es el único laboratorio de esa ciencia, porque las generaciones que estamos formando estudian una profesión que podemos llamar desinteresada, desde el punto de vista lucrativo, pero que influirá con sus conocimientos a difundir las verdades científicas y a prepararse para el estudio y consejo de los grandes problemas de política económica que el país tendrá que resolver.

El desarrollo y la terminación de la contienda europea nos lleva al estudio de nuevas cuestiones que deberán analizarse en sus distintos puntos de vista en casi todas las materias de nuestra enseñanza. La economía política, las finanzas, la geografía económica, el derecho internacional, la política comercial, las tarifas y transportes, bancos, etc., todo ha sido si no modificado o alterado a lo menos afectado por la gran contienda.

Para mí, el problema europeo actual, el más difícil de solucionar satisfactoriamente, es poder armonizar dos situaciones completamente contradictorias: la cuestión económica y la cuestión social. La primera que se dirige hacia la reconstrucción de las industrias, teniendo que luchar con el egoísmo natural de los países contra la competencia extranjera y la segunda que aconseja la adopción de todas las medidas que conduzcan al abaratamiento de la vida y al bienestar de las clases trabajadoras.

Los países extranjeros, que constituyen nuestros principales mercados, están en plena bancarrota. Las necesidades de la guerra los ha obligado a ejercer un control gubernativo de la producción y del consumo que no es posible abandonar de inmediato, una vez que se firme la paz. Las históricas doctrinas de la protección y del librecambio hay que abando-

narlas, y deben reemplazarse, por una policía inteligente que estudie el problema de sus recursos y de sus necesidades. Esos países se verán obligados a intensificar su agricultura y sus industrias para que esa economía les permita poco a poco ir amortizando sus enormes deudas. Nosotros no podremos permanecer indiferentes a esa evolución, preocupándonos sólo de nuestra riqueza; tenemos que considerar más que ningún otro país, que la quiebra de nuestros mercados obligados, serían también nuestra ruina. No podemos pensar en venderles caro nuestra riqueza, porque no tendríamos compradores para nuestros productos; tendremos que llegar hasta sacrificar nuestra capacidad industrial, para permitir que los saldos equivalentes hagan siquiera factible nuestro comercio. Ya hemos visto como el pan puede elaborarse con la mitad del trigo que antes usábamos, medida que importa doblar la producción mundial del artículo. La pobreza del comprador obligado puede llegar a producir nuestro aislamiento. No debemos dejarnos de seducir por ganancias ocasionales desde que el problema compromete el futuro desarrollo de nuestro progreso.

Yo sé que estas palabras, con bases científicas, no podrán ser vistas con simpatía por los vendedores de hoy; pero la ciencia económica aconseja a resolver sus problemas cuidando las consecuencias futuras de cualquier medida. Los precios artificiales de cualquier artículo, puede llevarnos a la valorización artificial de las bases de producción y ya hemos sufrido, por desgracia, crisis bastantes intensas, para que volvamos a engañarnos con la inflación de valores que no obedezcan a los simples principios de la oferta y la demanda.

Nuestros productores no deben continuar esperando todo de la acción de los gobiernos, inculcando a éstos por la falta de medidas eficaces. Son ellos los que deben preveer, por medio de la constitución de centros colectivos que estudien y aconsejen la situación de cada industria. La formación de esas colectividades va a ser una medida universal y nosotros no debemos descuidarnos ni atrasarnos en esa formación. Es bueno que se sacuda de una vez esa desidia criolla, y que constituyamos también las instituciones que serán los futuros estados mayores que defenderán toda nuestra economía.

Esta casa ha de contribuir en la obra de todos, produciendo hombres competentes que sirvan para aconsejar, organizar

y dirigir esas instituciones; pero para esto, señores alumnos, es necesario estudiar, con la convicción de que la ciencia con que vais a ser ilustrados en esta casa servirá para contribuir a la grandeza y al progreso de nuestra patria.

VICENTE FIDEL LOPEZ.